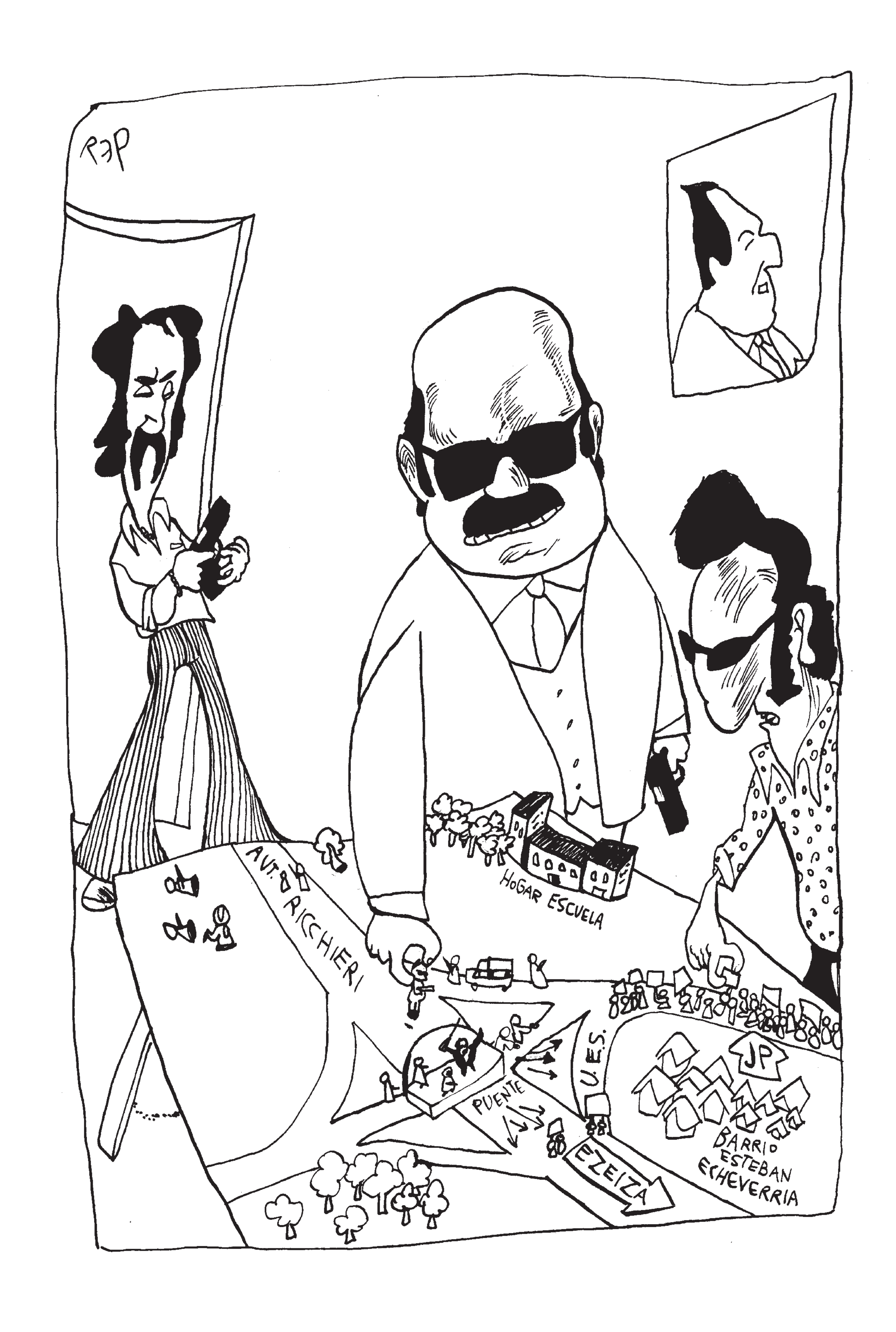
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

71 **Cercanías de la plaza del 25 (I)**



Suplemento especial de
Página|12

PEDO Y PEDONISMO

¿Por qué volcarnos sobre el concepto de rizoma? ¿Somos deleuzianos? ¿Es nuestra costumbre andar detrás de la estela de los filósofos franceses? ¿Viene un francés, dice algo raro y nos quemamos las pestañas tratando de ver qué dijo porque si no perdemos nuestra condición de intelectuales aggiornados? Ni por asomo. Vean, hará unos años se puso de moda otro alemán (*¡otro alemán más*!) y su nombre era (es) Peter Sloterdijk. Como soy un perfecto intelectual sitio-orilla, que no es otro que el que recibe las "novedades" que los países sitio-núcleo arrojan sobre nosotros, en primer término o, al menos, en un término relevante, para mejorar su balanza de pagos, ya que nosotros los recibimos aquí, vía Barcelona o Madrid, desde luego, y ellos ni por joda nos van a traducir ni siquiera al menos por gentileza porque sencillamente o no sabemos pensar o no estamos inmersos en una tradición filosófica que nos lo permita (para Heidegger sólo los alemanes y los griegos podían *verdaderamente* pensar), me arrojé sobre los libros de Sloterdijk y empecé a masticarlos. El tipo tiene cosas fascinantes. El parágrafo 9 de *La psicomática del espíritu de época* lleva por nombre *El pedo*: "No podemos obviar el tema. Es más, es inevitable. Lo siento por todos los lectores sensibles, pero el pedo no se puede omitir en absoluto. Quien no quiera hablar de él tendría que callar también sobre el culo (...). La semántica del pedo es incluso un problema bastante complicado, demasiado descuidado por la lingüística y la teoría de la comunicación. La escala de significaciones va desde la vergüenza hasta el desprecio, desde intenciones humorísticas hasta la falta de respeto. Maestros, profesores, oradores y participantes en conferencias conocen el tormento de no poder hacer sonar fuerte una flatulencia imperiosa, ya que un sonido semejante expresa algo que no se quiere decir en realidad" (Peter Sloterdijk, *Crítica de la razón cínica,* Siruela, Madrid, 2006, p. 241). Desde joven conservo en mi memoria una cuarteta (estrofa de cuatro versos con rima consonante, imperfecta y asonantada) del sublime Francisco de Quevedo y Villegas (1540-1645), gran jodón; tanto, que en él se ha inspirado ese personaje travieso y maléfico protagonista de tantos chistes "verdes": *Quevedo*. "Señora Marquesa (en una cena en que le han ordenado mesura y buena conducta), ¿sabe usted qué tengo entre las piernas?.." "¡Crío irreverente, impúber vulgar, ¿cómo os atrevéis..?" "La pata de la mesa." Este ha de ser el más ingenuo de los chistes de Quevedo. Pero la cuarteta sobre el pedo (ya que de este tema se ha ocupado Sloterdijk) merece recordarse y memorizarse, pues si ocurre una de las circunstancias mencionadas por el filósofo alemán, si alguien, en algún evento, habla desde la cabecera de la mesa y uno tiene la mala fortuna de estar a su lado en el malhadado momento en que al tipo se le escapa una feroz ventosidad ruidosa o sonora flatulencia alejada de todo posible acto de disimulación, uno, sonriente, siempre puede apelar a la cuarteta de don Francisco de Quevedo y Villegas y decirle al tipo:

Tan importante
es el pedo para la salud
que en soltarle
está el tenerla

¿A qué venía esto? Acaso alguno de ustedes se pregunte: ¿no es éste un ensayo sobre el peronismo? ¿Por qué estas incursiones no sólo en Deleuze sino también en Sloterdijk y hasta en don Francisco de Quevedo y Villegas? Ah, la respuesta a esa cuestión es muy simple. Porque el que escribe esto soy yo. Y he decidido tomarme todas las libertades que se me antojen. Espero que a ustedes les gusten. Que sean rodeos que les hagan decir: "Qué bueno este rodeo, cómo me divertí, no conocía la cuarteta de Quevedo sobre el pedo, ¿cómo pude vivir hasta hoy sin conocerla?". Si usted piensa: me tiene podrido este arbitrario que ni él mismo sabe de qué va a escribir, lo que tiene que hacer es muy simple. No lea más. Ahí tiene los grandes tratados sobre el peronismo que se han escrito en el país. Acuda a ellos. Pero aquí decido yo. Qué le va a hacer. Yo escribo, yo decido: es arborescente esto. Si no le gusta, se va. Total, como les dirá Perón a los diputados de la Tendencia: "Nosotros por un voto no nos vamos a hacer mala sangre". Pero dele, no joda: siga, de este libro no se olvida más. Además, que nadie diga que pedo y peronismo no pertenecen a un mismo universo que es el de la barbarie, el de la guasada. Pensamos, sobre todo, en el peronismo de los orígenes. Ese que el dibujante Tristán ilustraba exhibiendo a Perón como un gangster fascista y a sus seguidores como lúmpenes irredentos. No será casual, también, que el más grande literato del peronismo cierre la más importante de sus novelas con una frase tan ruidosa como esta: *solemne como pedo de inglés.* Por otra parte, entre pedo y pedonismo debe existir cierta cercanía, tal como con Perón y pedón, que es ya blasfema. El pedo, aquí, lo ha introducido el consagrado Peter Sloterdijk. Pretendíamos ilustrar con eso que su *Crítica de la razón cínica* es original, lanzada, libre. Pero poco después el tipo se aparece con un libro llamado *Venir al mundo, venir al lenguaje*. Tan primer mundo este título. Para el filósofo sitio-núcleo todo puede ser reducido al lenguaje. Se encierran en el lenguaje como se encierran en la vida académica. Claro que venir al mundo es venir al lenguaje. Claro que no bien llegamos hay una lengua que espera por nosotros. Claro que somos hablados en lugar de hablar. Claro que en lugar de dominar una lengua es la lengua la que nos domina a nosotros. Estamos hartos de seguir oyendo estas cosas. Sólo que queremos seguir manteniendo en pie las herramientas metodológicas que nos constituyen y que hoy el primermundismo académico y sus seguidores de las orillas quieren dejar de lado. Venir al mundo es venir a la violencia. Venir al hambre. Venir a la guerra. Venir al odio. Venir a la tortura. Venir a la injusticia. Venir a la desigualdad. Venir a las ideologías. Sí, a las ideologías. Venir a Dios. Venir a los fundamentalismos. Venir al terrorismo. Venir a los medios de comunicación. Venir a la sujeción de los sujetos. Venir al despliegue del Poder y someternos a él. Venir a la rebelión. Venir a la resistencia al Poder. Venir al amor. Venir a la escritura. Venir a la música. Venir a todas las cosas que hay en este mundo en que –como bien dice Heidegger, creador de esta maldita hegemonía del "lenguaje" en la filosofía "contemporánea"– *caemos*. Porque en este mundo es que caemos, sin justificación alguna, sin nada que nos justifique ni justifique a este mundo. Venimos en pecado porque nada nos sacraliza. Nada peticiona en favor de nuestra legitimidad. Venir al mundo es una cosa cuando se viene en un lugar y otra cosa cuando se viene en otro. Venir al mundo en Bagdad en tanto Bush arroja bombas de a miles es un problema serio. Venir al mundo en la elegante calle Arroyo es una cosa. Venir al mundo en Fuerte Apache o en la Villa 31 otra. Venir al mundo en un sitio-núcleo suele ser mejor que venir en un sitio-orilla. Y se acabó. Algún filósofo del giro lingüístico diría que *todo esto* existe porque se relaciona por medio de *signos*. Con lo cual habríamos reducido el *ser* al *signo*. Pero los que dicen esto con frecuencia se pasan la vida estudiando semiología y lingüística, *lo que relaciona*, y no las atrocidades que arrasan la existencia de los hombres sobre este planeta agonizante, *lo relacionado*. Además, están por completo equivocados. Luego de la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, le tienen tal terror a un humanismo basado en la praxis constituyente del hombre, del hombre hundido en su materialidad (que es todo lo que nombramos anteriormente), del hombre hundido en el barro de la historia, que están conceptualmente cegados para ver que sólo hay algo verdaderamente *relacionante* sobre este mundo. Y eso es el *Dasein* o el *ente antropológico* o el *para-sí* o la *realidad humana* o el sujeto práctico arrojado al mundo, constituido por él y también constituyente. No habría signos sin hombres que los necesitaran para referenciar el mundo que hacen y que los hace. Esta es la metodología de este trabajo. Quizás en algún momento debamos explicitarla más detalladamente. Lo hemos hecho en *La filosofía y el barro de la historia* y sospechamos que este libro es una ejemplificación de aquél. Porque si algo nos entrega una reflexión política sobre el peronismo es el a veces desaforado espectáculo de los hombres haciendo la historia, de la historia haciendo a los hombres, de los infinitos condicionamientos, de todas las cosas que entran en juego (López Rega masajeando la próstata de Perón es sin duda tan importante en el peronismo como el enfrentamiento entre Perón y los montos el 1 de mayo de 1974, y tal vez hasta lo explique en buena medida), desde las aparentemente pequeñas hasta las inmensas como el bombardeo a Plaza de Mayo. De aquí que debamos llegar en algún momento a la pregunta decisiva: ¿qué sentido tuvo todo esto? ¿Qué *verdad* se realizó por medio de tantos hechos, de tantas pasiones? Si nada grande se hace en la Historia sin pasión, ¿qué Historia hicieron las tan a menudo incontrolables pasiones del peronismo, incluyendo en esto las de sus adversarios también? Porque Aramburu y Lanusse forman parte del gran relato peronista tanto como Cooke o como Cámpora? Todo eso, ¿qué *verdad* expresó? También: ¿expresó una o expresó cientos, miles, millones? ¿Qué fueron a buscar a Ezeiza dos millones de personas?

De modo que, para resumir, hemos recurrido a un par de conceptos deleuzianos sólo porque creemos que nos ayudarán a entender aún mejor cosas que acaso ya hayamos explicado, pero que podremos ver bajo esta luz, bajo otra trama conceptual. Vuelvo, ahora, al rizoma.

LA POLÍTICA ES TEORÍA, NO SÓLO PRAXIS

Lo que busco es simple. Tan simple como necesario. Hay una asincronía irremediable entre el proyecto de organización de los Montoneros y el del conductor estratégico. Los Montoneros no llegaron a entender cómo se conducía el movimiento peronista. En tanto Perón vivió, el movimiento siempre conquistó su organización bajo la hegemonía de lo *Uno*. Lo Uno era Perón. Aun cuando Perón dijera esas frases amables sobre el bastón de mariscal en la mochila de cada combatiente, nadie tomaba esto demasiado en serio. Era una actitud correcta. Cada militante podía tener en su mochila ese bastón, pero el bastón de mariscal era del mariscal y el mariscal era uno solo. Si en un ejército de 10.000 hombres hay 10.000 mariscales ese ejército es cualquier cosa menos un ejército. Un verdadero ejército es una arborescencia estratificada. Un árbol-falo con distintos estamentos que confluyen todos hacia el supremo estamento: el de la conducción. Un ejército puede ser múltiple, pero su conducción estratégica es *una*. Lo múltiple es el caos, el desbande, la anarquía y hasta, en ciertas y abundantes oportunidades, la lucha entre los que debieran estar del mismo lado.

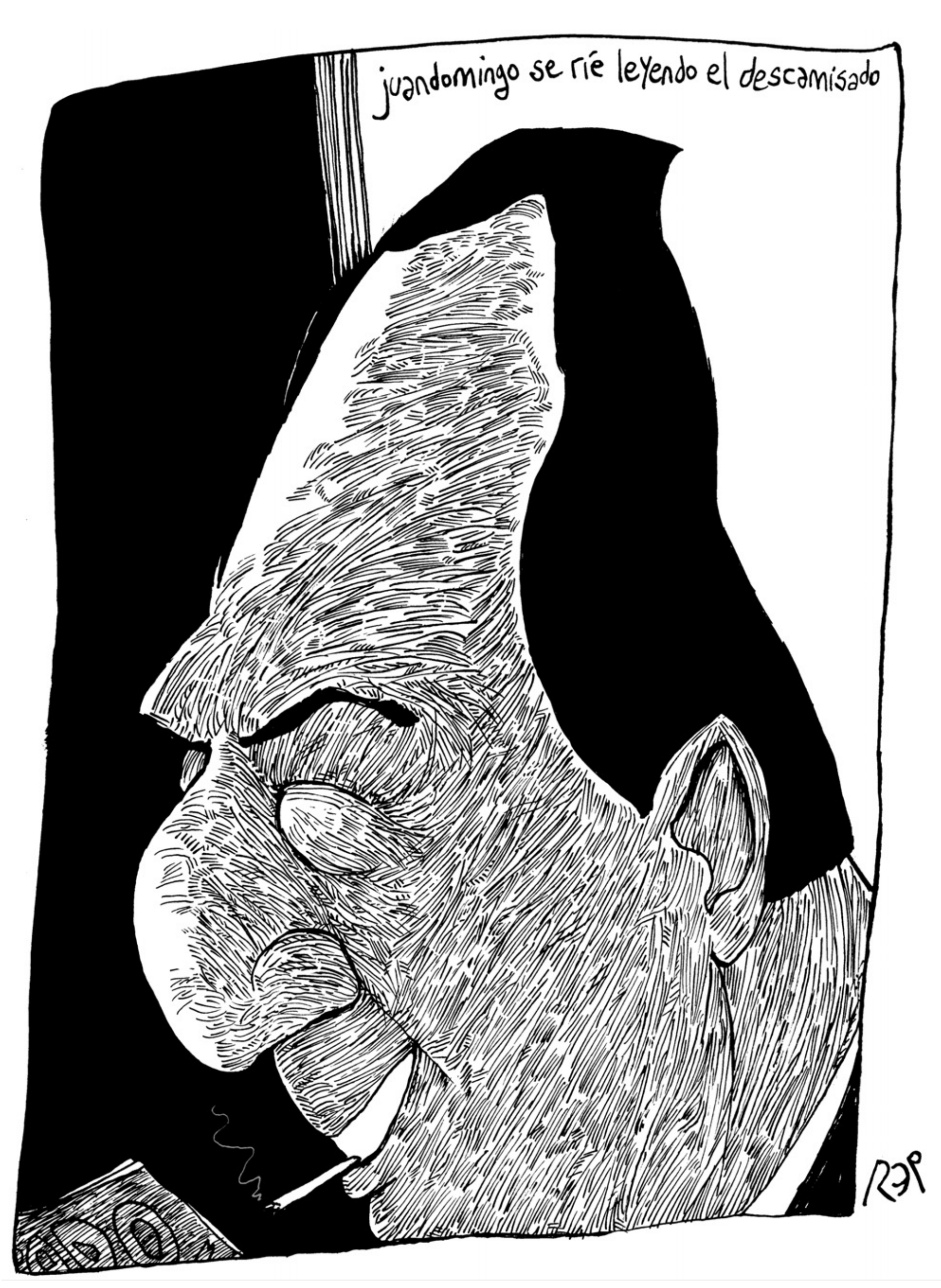
Deleuze (y juro que por eso recurro a él) "ocupa hoy (con su visión personal del *acontecimiento*, J. P. F.) el centro de las preocupaciones filosóficas" (François Zourabichvili, *Deleuze, una filosofía del acontecimiento*, Amorrortu, Buenos Aires, 2004, p. 32). Sea o no así, no podemos eludir a un filósofo omnipresente en el mundo académico. Pero no centralmente por eso. Sino porque en rigor no es muy útil. De tanto en tanto viene por aquí Toni Negri. Este ex combatiente de las Brigadas Rojas escribió hace una década un best-seller apabullante: *Imperio*. Lo hizo con un muchacho muy posmoderno que metió deleuzianismos por todas partes. Negri, viejo zorro, los aceptó: el libro se *posmodernizaba* y la academia le abría sus brazos. También el mercado. Vendieron a morir. El libro aterrizó en la Argentina de fin de milenio en que ya latía el tema de las asambleas populares y la democracia directa. Negri y Michael Hardt (su socio posmoderno) extrajeron del rizoma deleuziano el concepto de *multitud*. Llegó a estas orillas y pude presenciar escenas patéticas. Un amable profesor en la Universidad de las Madres tratando de demostrar que la *multitud* no negaba la lucha de clases. A nosotros, argentinos, y eso le fue dicho claramente a Negri, el concepto de *multitud* nos remitía a un lamentable texto positivista de José María Ramos Mejía (1842-1914) titulado *Las multitudes argentinas* (1899). Hombre de la generación del '80, el positivismo hizo tantos estragos en él como en Ingenieros. Sólo Oscar Terán –lanzado a una búsqueda tenaz de hombres de izquierda alejados de los populismos que odió luego de su regreso de México– pudo encontrar en los esquemas toscos, deterministas, naturalistas, exaltadores del orden establecido en tanto los hechos son los hechos y sólo a ellos hay que estudiar y consagrar como "la realidad" del positivismo algo rescatable. Quería rescatar a los "hombres del '80" para oponerse a la visión que hace de ellos una patota de doctores que incorporó a-críticamente las ideologías europeas y acompañó a la oligarquía en el esquema no-productivo de comerciar "la abundancia fácil" y asentar en la Pampa el "granero del mundo". Escribe: "Una interpretación canónica de la historia de las ideas argentinas se autocomplace en presentar a José Ingenieros como un positivista sin fisuras y al positivismo como un bloque ideológico incapaz de pensar el problema de la nación, como efecto seguro de su carácter exógeno y de su europeísmo no menos recalcitrante" (Oscar Terán, *José Ingenieros, pensar la nación*, Alianza, Buenos Aires, 1986, p. 7). No, Terán, la interpretación canónica es la que hace de un Ingenieros un pensador "socialista" pese a su positivismo, pese a su "ochentismo" y pese a su alejamiento irremediable del problema de la "nación". En cambio, si los alumnos (o alguno que otro de ellos) le preguntaban a Terán por, digamos, Manuel Ugarte respondía: "No es un intelectual faro". Terán –y esto lo explica todo– fue un animador relevante del Club Socialista, de la revista *La Ciudad Futura*, de las cátedras que consiguió ese grupo y del enorme poder ideológico que tuvieron bajo el alfonsinismo y hasta no hace mucho en que la revista cerró. Una especie de visión socialdemócrata, con una alergia por el populismo, por lo nacional y por el peronismo en cualquiera de sus formas. Muchos de ellos, antes de marchar al exilio, habían militado en el peronismo. Aclaremos: luego de haber vivido el descalabro mortal peronista de los años '74 y '75 tenían derecho a buscar otros horizontes, pero ¿por qué renegar de tantas cosas? ¿Por qué tanto enojo? Eso los llevó a incomprensiones graves, a alejamientos con tufillo a tachaduras y a un encasillamiento que implicó una pobreza conceptual relevante.

Vuelvo a Negri. Cuando le dijeron que la *multitud* aquí no caminaba porque el recuerdo del nefasto, del escrito desde el odio de clases, del *poderosamente racista* libro del ideólogo positivista Ramos Mejía estaba aún demasiado presente, Negri insistió con la *multitud*. ¿De dónde venía este concepto? De Deleuze. De donde vemos que si yo doy algunos rodeos siempre retomo la línea expositiva. Aquí, otra vez, estamos: en el *rizoma*. Acudiré –superando prejuicios infundados– a un muy buen libro sobre Deleuze. Lo escribieron Florencia Abbate y Pablo Páez. Y es *Deleuze para principiantes*. Digo "prejuicios infundados" porque muy pocos irían a la facultad con este tipo de libros. Se supone (como el título de la colección bien lo dice) que son "para principiantes". Y nadie quiere ser visto en nada como "un principiante". Error. Algunos de estos libros (no todos, pero

sí el que aquí citamos) actúan al modo de una guía rigurosa, pues contienen una visión globalizadora de la obra de un autor que permite transitarla en tanto señala lugares necesarios y nexos imprescindibles. Abbate y Páez hacen una perfecta, clara descripción del rizoma y del esquema arborescente. Acudo a este texto también por otro motivo. Ocurre que he advertido que hay un montonazo de peronistas que leen esto y me putean con incontenibles ganas cuando hago desarrollos teóricos. Hacen mal en adoptar una actitud tal porque le dan razón a la derecha ilustrada que afirma y afirmará hasta el fin de los tiempos que los peronistas son medio chantas, cortos de luces, cómodos o abiertos incultos y sin ganas de dejar de serlo. No sería justo endilgarles esta pereza sólo a los peronchos. Los tiempos son así. Que se lea fácil. Que se entienda rápido. Que sea entretenido. Bueno, no todo es así. "Vamos que usted puede", como le dijo su rincón a Bonavena cuando sonó el gong del 15 round y enfrente lo tenía a Muhammad Alí. No pudo. Pero lo intentó. De haberse quedado en el banquito, habría perdido esa pelea por puntos. Pero salió. Y como decía Ringo: "Cuando salís estás solo, hasta el banquito te sacan". Y él estaba solo ante el más grande estilista y boxeador de ese deporte cruel, solo ante el hombre que había transformado en arte esa crueldad. Y Alí lo tiró tres veces en ese round final. Y si lo hizo fue porque trampeó suciamente: jamás se retiró a un rincón neutral en tanto le contaban a Ringo. Se quedó a su lado, dando sus memorables saltitos. El referí no le dijo nada. Ringo (el perfecto pre-Rocky) se levantó siempre. Era inútil. No bien buscaba averiguar dónde estaba Alí, Alí estaba a su lado y le daba un cross mortal. Así, tres veces. Perdió por KO. Pero volvió a la Argentina y cuando todos le preguntaron para qué salió "en el último", por qué no se quedó en el rincón y la sacaba más barata, la sacaba por puntos, Ringo dijo: "Disculpen, pero quería ganar". Después lo mataron por ahí, en un ranch de nombre *Mustang*, con dos o tres tiros de escopeta, como a un perro. Fue en 1976. Aquí no le importó a nadie. El país era una carnicería y Bonavena una sombra del pasado. (*Nota*: Dicen los norteamericanos que Stallone se inspiró en una pelea de Alí con un torpe boxeador del Medio Oeste para hacer Rocky: el tipo le habría peleado con increíble entereza. Creo que no es así. Hasta en el físico, Bonavena, con sus pies planos y todo, era Rocky y su pelea con Alí no pudo haber sido superada por ninguna otra como modelo para la notable *Rocky I*, lejos la mejor de la serie.) "Vamos, que ustedes pueden", decimos en este rincón. ¿Cómo no van a poder? Sólo se trata de tener ganas. La política es teoría y no se puede entender mediante la desnuda y mera narración de los hechos.

EL PERONISMO NUNCA FUE UN SISTEMA ACENTRADO: SU CENTRO FUE SIEMPRE PERÓN, Y LA LEALTAD, LA MEDIACIÓN ENTRE EL CONDUCTOR Y LOS CONDUCIDOS

Cito a Abbate y Páez (a concentrarse, descamisados): "Rizoma: la figura fue tomada de la botánica. Es un conjunto de tallos subterráneos que se ramifican en todas direcciones haciendo que no resulte posible determinar el centro, el origen. En los tubérculos rizomáticos –como el del lirio– *no hay jerarquía*, cualquier punto puede conectarse con cualquier otro; esa característica los distingue del esquema arborescente (*Perón*, J. P. F.), donde cualquier punto remite a la raíz" (Florencia Abbate, Pablo Páez, *Gilles Deleuze para principiantes,* Era Naciente SRL, Buenos Aires, p. 186. Cursivas mías). En *Mil mesetas* tampoco son excesivamente oscuros Deleuze y Guattari con ese concepto que –insisto– fue fundamental en la crisis del 2001/2002. Caramba, ¡por algo lo habrá sido! A no quejarse y seguir leyendo. "Cualquier punto del rizoma (escriben D. y G.) puede ser conectado con cualquier otro, y debe serlo. Eso no sucede en el árbol ni en la raíz, que siempre fijan un punto, un orden" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 13). Atención a esta cita. Estoy explicitando metodológicamente lo que los Montoneros no entendieron nunca del movimiento peronista. Cito a Deleuze (y a su compadre Guattari, desde luego): "Principio de multiplicidad: sólo cuando lo múltiple es tratado efectivamente como sustantivo, como multiplicidad, deja de tener relación con lo Uno como sujeto" (*Mil mesetas*, *Ibid*., pp. 13/14). Luego Deleuze acude a un ejemplo de Glenn Gould, el pianista canadiense, adorado por los intelectuales europeos, algunas de cuyas versiones son pálidas y otras antojadizas y en otras... ¡se lo oye cantar la partitura! Escuche, Gould: yo no compré un CD de Bach para oírlo cantar sino para escuchar a Bach, que, en efecto, usted lo hace muy bien. Pero Gould erotiza a los intelectuales del viejo pero siempre primer mundo: a Deleuze, a Thomas Berhardt, que escribió una novela para demostrar que Gould es superior a Alfred Brendel. Sí, claro: podría citar a treinta pianistas que lo son. Empezando por Richter, Rubinstein, Horowitz, Pletnev, Ashkenzy, Pogorelich y Martha Argerich, sobre todo. Sigo (y ya termino) con Deleuze: "Resumamos los caracteres principales de un rizoma: a diferencia de los árboles o de sus raíces, el rizoma



conecta cualquier punto con otro punto cualquiera" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 25). Y *por último*: "Un rizoma no empieza ni acaba, siempre está en el medio, entre las cosas, inter-ser, *intermezzo*. El árbol es filiación, pero el rizoma tiene como tejido la conjunción 'y... y... y...'" (*Mil mesetas*, *Ibid*., p. 29). Como bien resumen Abbate y Páez: "Deleuze y Guattari piensan que la política debe pensarse como un rizoma. Así, el arte, la filosofía, la ciencia y las luchas sociales se conectarían unas con otras de manera *horizontal,* sin que ninguna se imponga a la otra. Concebir las políticas de izquierda como un *sistema acentrado* implica creer que las diferentes iniciativas pueden coordinarse *prescindiendo de una instancia superior que las organice y unifique*" (*Ibid*., p. 186. Cursivas mías.)

Durante las Asambleas del 2001/2002 el tema de la democracia directa llevó a primer plano esta cuestión. Al rechazar la representación de los políticos (*que se vayan todos*), "la gente" decidió representarse a sí misma. Se dio, de este modo, el *sistema acentrado*. Nadie tenía la conducción. Todo esto fue fracasando paulatinamente. Apareció un señor de nombre John Holloway que dijo que la política no tenía por objetivo el poder. Que se construía en el llano. Eso era –aunque él no lo postulaba por ignorarlo, sin duda– un esquema rizomático. Pero lo rizomático jamás hará una política efectiva. Es un sueño supra-democrático. El centro está en cada uno de los rizomas. Cada rizoma es autónomo. Se comunica con los otros rizomas pero sin ceder nada de su autonomía, de su sustantividad, de su centralidad.

EZEIZA, EN CLAVE DE FARSA TRÁGICA

Podríamos decir que –a partir de Ezeiza o precisamente en Ezeiza– el peronismo estalla en rizomas.

1) El avión en vuelo. Ahí viaja el General. El Padre Eterno. El que es esperado, abajo, en la Tierra, por dos millones de personas que anhelan de él vaya uno a saber qué. Por el momento digamos: *todo.* Los militares: que termine con la guerrilla. Los empresarios que active la economía. Los sindicalistas: poder, sostén sólido y casi definitivo para sus cargos burocráticos. La CGE: desarrollo y créditos para las pequeñas y medianas empresas. Buenas relaciones con la Unión Soviética y con Cuba. El PJ: el ordenamiento definitivo y un papel descollante en la conducción del Movimiento. El pueblo peronista: la recuperación de los años felices, cuando se sentían, si no los dueños, sin duda los más halagados, cuidados y hasta mimados del país. Cuando el 53% del la renta nacional era para ellos. Y la Juventud Peronista, compartir la Conducción, nada menos. Ser la vanguardia de reemplazo. O decirle al Viejo que, si él flaqueaba, estaban ellos para hacer el socialismo nacional, la patria socialista, montonera y peronista. El ERP, demostrar que Perón es un burgués represor como cualquier otro. Y la clase media –adaptando la consigna de la JP contra Isabel: "No rompan más las bolas/ Evita hay una sola"– tenía la suya, intransferible, propia: "No rompan las pelotas/ queremos pagar en cuotas".

2) Dentro del avión, los enfrentamientos contenidos. Personajes que nada tienen que ver entre sí y que se odian. En algún momento todo va a estallar ahí. Soterradamente al menos. Pero más que el plácido regreso de un anciano líder vamos a tener una superproducción de Hollywood: *Aeropuerto '73*.

3) El Palco: el cantautor Favio como alma candorosa ajena a todo cuanto ocurre a su alrededor. Como el hombre que buscará la paz y la concordia aun al costo de su propia vida: "Paren de torturar o me suicido". Como el hombre que ve ametralladoras, pistolas, cadenas, picanas y cree que son para el momento de los fuegos artificiales. Como el hombre que ve a un mercenario que tiene una ristra de balas colgando de su hombro y le pregunta para qué es. Como el que escucha una respuesta extraña en un idioma también extraño: "Pour tuer tous les zurdós de mérde". Como el que responde: "No hablo francés. No entiendo. No entiendo nada". Como el que le pregunta al coronel Osinde, a su lado, en tanto éste abre fuego con su 45 sobre la multitud, compuesta por rizomas que caen como moscas, "¿Qué está pasando, coronel? Yo no vine a esto". Como el que escucha que Osinde le dice: "¿Y a qué viniste, pibe? ¿Otra vez te lo tengo que explicar?". Como el que ve a Osinde agarrar el altoparlante, como el que lo escucha gritar: "¡Por última vez! ¡Están bajo la mira de nuestras armas! ¡Bájense de los árboles!". Como el que años después hará un film sobre Perón y le dedicará apenas 10 minutos. a toda la espesa, atronadora y trágica historia de la Juventud Peronista. Como el que, en ese film, dirá: "Eran aproximadamente las 14 hs. cuando francotiradores apostados en los lejanos árboles empezaron a disparar indiscriminadamente contra la desprevenida e indefensa multitud sembrando el pánico y la confusión. A su vez, fuerzas encontradas del peronismo empezaron a atacarse por el control del palco". Es una hazaña esta declaración del cantautor: tiene más mentiras que palabras, algo difícil de lograr. Ya nos ocuparemos de ella cuando analicemos hasta el tuétano, hasta el más recóndito fundamento, los sucesos de ese día aciago.

4) La autopista Riccheri: no menos de dos millones de personas caminan hasta donde puedan llegar. No todos son peronistas. Va gente de todo tipo. Es la exaltación del rizoma, pues éste no debe verse sólo como elemento aislado y autosuficiente. Lo es, pero para unirse a otros rizomas. Lo que hace el rizoma es abominar del esquema autoritario arborescente. Aquí, sin embargo, van todos en busca del *gran arbol de la Argentina*. De la gran esperanza. Ya nos preguntaremos qué esperaba la Argentina de ese regreso. Por ahora, esto: nunca había ocurrido y raramente ocurrirá un fenómeno semejante. Dos millones de voluntades en medio de una fiesta cuasi mística. Vuelve Perón. El pueblo argentino va a recibirlo.

5) El poeta Néstor Perlongher marcha a la cabeza del Frente de Liberación Homosexual. Cuando oyen los tiros se alarman. "¿En todos lados nos cagan a tiros?", pregunta Perlongher. "Quedate tranquilo, la cosa no es con los putos", le dice un jefe de columna de la Jotapé. "¿No nos podés llamar de otro modo?", dice, encabronado, Perlongher. "¿Cómo?" "Por lo menos 'homosexuales'." El Jotapé resopla con fastidio: "No jodás, pibe. 'Homosexual' es muy largo. 'Puto' es cortito y contundente. Y si no, andate con los comunistas". "Ni loco –dice Perlongher–, antes de venir les pregunté si querían que marcháramos con ellos. Me dijeron: 'Ustedes se salvan porque estamos aquí. En Moscú, el Politburó los manda a Siberia'." "¿Ves? Nosotros les decimos putos pero

los queremos." Y cuatro o cinco empiezan con un cantito que se hará célebre: "¡Los putos con Perón!". Perlongher se resigna. La palabra *gay* esperaba lejos, en un futuro de mayor comprensión. También de menor política. De menor historicidad. De menor violencia. De menores sueños y utopías. Una época en que el rizoma se impondría en muchos ámbitos: en el feminismo, los homosexuales, los minusválidos, los negros, los travestis, la ecología.

6) La militancia de la Tendencia Revolucionaria (que no está armada) va dispuesta a copar el acto con la masividad. Le será sencillo. Cientos de miles de activistas avanzan hacia ahí. El día anterior, Osinde, previendo esto, le dice a Lorenzo Miguel: "Poneme 500.000 obreros rodeando el Palco". "¿Estás en pedo vos?", dice Lorenzo. "¿De dónde mierda querés que saque 500.000 obreros?" "Sos un boludo, un inútil –le dice Osinde–, te cagaría a tiros, turco. Lo único que sabés es morfar tallarines con tu vieja los domingos." "Pero es que el peronismo es eso", dice Lorenzo. "¿Sí? Vos date mañana una vuelta por Ezeiza y vas a ver qué es el peronismo."

7) Abal Medina, Righi y Cámpora están reunidos. Abal, desesperado, le dice a Cámpora: "Saque a la Policía, doctor. El Palco es de Osinde y los mercenarios franceses. Eso va a ser una matanza. No van a permitir que la Jotapé tome los primeros 300 metros". (Supongamos que no dijo lo de los mercenarios franceses. Pero que los hubo, los hubo. Ya veremos por qué.) "Pero, doctor Abal Medina –dice Cámpora–, ¿por qué los muchachos quieren copar los primeros 300 metros?" "Para mostrarle a Perón que ellos son el pueblo. Ellos y nada más que ellos." "Pero, doctor, caramba: si hay 2.000.000 de personas en la Riccheri." "Pero ellos se juegan a que Perón no ve más allá de los 300 metros." "Doctor, por favor: dígales que no se excedan. Perón no ve tan lejos. Si ve más de 50 mts. será con la ayuda divina. Que no arriesguen gente al pedo, dígales." "Doctor Cámpora, por favor: saque a la Policía. Eso va a ser una masacre", insiste Abal. Cámpora pierde los estribos: "¿Cómo mierda quiere que saque a la Policía si este boludo, hace apenas 15 días, les dio un discurso que nos los puso a todos en contra? ¿O no vio los volantes clandestinos que salieron? 'El discurso del Ministro marxista anticipa el asalto definitivo de los rojos contra la Institución policial'". "¿Qué mierda les dijiste?", pregunta Abal. "¿No leíste el discurso?", pregunta Righi. "Me habían puesto una bomba, carajo –dice Abal– ¿Qué les dijiste?" "No me acuerdo", Righi está muy nervioso. "Decime una frase por lo menos." Righi hace memoria. Por fin, dice: "Creo que dije: 'Los hombres de la policía pueden sentirse aliviados. Ahora nadie pretende que de sus armas deba salir la solución de los conflictos'". "Cagamos", dice Abal Medina y se desploma sobre un sillón. Righi, también, había dicho otras cosas. Conceptuales y hasta bellas y conmovedoras: "No es que ya no tengan que defender el Orden. Pero ese Orden cambió". Se equivocaba: el Orden seguía siendo el mismo y el Padre Eterno llegaba para que, con algunos retoques nacional populares, así fuera.

8) ¡La columna de La Plata! La pesadilla del Palco. No hay, para ellos, lucha posible desde la masividad. Llega la columna sur. Son, por lo menos, 60.000 personas. Osinde y los suyos toman la decisión brutal, criminal, única que pueden tomar: responder a la masividad de la Juventud Peronista con la extrema violencia. "¡A mansalva! –grita Osinde–, ¡que no quede uno!" A los que agarran los llevan al Hospital de Ezeiza y los torturan como los franceses en Argelia, como los yanquis en Vietnam, en pleno Plan Fénix. Ahora el Plan Fénix y el general Bigeard están ahí: en el Hotel de Ezeiza. Favio aparece y dice que si no paran con las torturas se suicida. Los tipos siguen torturando. Favio sigue vivo. Se va. Algunos, años después, lo preservan, no le preguntan nada, lo quieren posiblemente mucho o ven en él a un símbolo del peronismo genuino, popular. Lo que pasa –dicen– es que un gran artista, un genio. Hay que salvarlo de este bochorno.

9) En el avión, López Rega le dice al General: "¿Sabe, general? Creo que no vamos a aterrizar en Ezeiza". Perón sonríe y la mira a la Chabela: "Este Lopecito se las sabe todas. No hay caso: es brujo el hombre". "Qué haríamos sin él", suspira Isabelita. A las 16.50 aterrizan en Morón.

10) Final: la muchedumbre regresa por la Riccheri. Quien ha vivido eso no lo olvidará jamás. Uno de los días más tristes de nuestra historia, que no carece de ellos, que los tiene a montones. El abandono, la sensación de derrota, los sueños rotos, el áspero despliegue de la realidad, el anochecer. Tal vez, en gran medida, eso: las sombras de la noche del día más largo del año. Yo iba con Conrado Eggers Lan. Éramos dos más entre miles y miles de entristecidos y silenciosos argentinos. Recuerdo (y nunca olvidaré) lo que dijo Conrado: "Si los militares, ahora, dan un golpe, ganan". No pude ofrecerle ningún argumento en contra. Yo tenía treinta años. Ahí terminó mi juventud, que había durado demasiado.

Ahí murió el Padre Eterno. Dios bajó a la Tierra y –antes de que llegara– no uno, sino *todos* los tontos empezaron a faltarle el respeto. Algo terrible había sucedido: Dios, el Padre Eterno, era un tonto más.

"LA SANGRE LLAMA A LA SANGRE"

Los meses de enero y febrero de 1973 fueron calurosos, fueron húmedos y fueron la apoteosis de la esperanza, de la ilusión. El futuro se podía oler. Estaba ahí, a la mano. Caminábamos sobre él. Creíamos, incluso, que se encarnaba en nosotros. Descubrimos, en esa jubilosa temporalidad, que pocas cosas podían ser más hermosas que una campaña electoral en verano. El sudor nos entregaba un engaño que vivíamos sin culpa: hacíamos el doble de lo que hacíamos; si no, ¿por qué habríamos de transpirar tanto? Todo el país se hacía peronista. Todos (muchos de los que ahora abominan de esa experiencia) vivieron un romance veraniego con el peronismo juvenil. Porque no había otro. Los sindicatos seguían cuidándose sus culos de oro sólo merecedores de sillones suntuosos, excesivamente cómodos. El PJ, a lo sumo, colaboraba con la juventud y era el aparato con el que se ganarían las elecciones. Pero la campaña la hacían los jóvenes. Ya no había "catolicuchis". Pocos pensaban en Firmenich. Estaba lleno de pibes y pibas judías. Esas pelirrojas de narices insoslayables, de ojos claros, de cabelleras largas y llenas de rulos, ágiles, inteligentes; tanto, que te ganaban una discusión con sólo proponérselo. Minas libres. Que habían mandado al demonio a sus viejos, no sólo gorilas sino temerosos, que sólo parecían desear cortarles las alas y retenerlas en casa. Si querían, cogían. Si no, no. Siempre hacían política. Hasta cuando llegaban al mejor de sus orgasmos: "¡Matame, Potemkim!". No sólo ellas, claro. La Jotapé era un hervor de voluntades diversas. Se discutía en los bares. En las facultades. En los cordones de la vereda. Y hacía calor. Y todos los días el cielo estaba lleno de estrellas. Eran las nuestras. Y las de la clase media veterana también. No todos querían retener a sus hijos en casa. Aparecían viejos peronistas por todas partes. El suegro que yo tenía entonces siempre había sido antiperonista. Se empezó a entusiasmar y no paró hasta dejar de serlo y hasta, por si fuera poco, serlo, ser un peroncho que leía los diarios esperando los fracasos de Lanusse, las palabras de Perón.

Que yo sepa, esto les pasó –no con la efervescencia de los '70, pero con polenta y, sobre todo, sin final trágico– a los radicales durante la campaña de Alfonsín. Por si alguien o muchos lo han olvidado debo decir que Alfonsín era un balazo en el '83. Fue el primer político que, apenas la dictadura abrió el juego después de Malvinas, dio un discurso ante un auditorio muy numeroso, al aire libre. No se guardó nada. Cito de memoria: "Una represión incontrolada segó vidas sin piedad". Muchos políticos salieron a acusarlo de "provocador". La mayoría, peronistas. Engordó 14 kilos. Recorrió todo el país. Recitó el Preámbulo. Gran acierto: había que volver a la vida constitucional, ¿cómo no hacer del Preámbulo una bandera? Entre tanto, los boludos de los peronistas, a los que no se les ocurría ni una idea ni encontraban un candidato, inventaron que al Alfonso lo bancaba la Coca-Cola. *Esa era toda la plataforma electoral que empezaron a pergeñar*. Un infundio de décima. Coca-Cola o no, hubo un momento decisivo. Alfonsín ganó por dos causas. A la consigna de una Jotapé ochentista que habrían armado los sindicatos o políticos como Herminio Iglesias y pegoteó por el país una consigna que decía: *Somos la rabia*, los radicales contestaron con otra: *Somos la vida*. Era una gran consigna. Después de la muerte, la vida. Curiosamente o no, los militantes de Herminio Iglesias recorrieron las calles con un cántico hermoso: "Somos la patota del doctor/ Herminio Iglesias/ Vamos todos/ Marchemos unidos/ Ya estamos podridos/ de tanto dolor". Lo de "doctor" era en joda. Herminio era cualquier cosa menos doctor. Pero dijo dos frases para la historia: "Conmigo o sinmigo" y "Yo me comeré las eses pero otros se comieron el país". El otro motivo por el que Alfonsín gana las elecciones es el recuerdo de Ezeiza, que los radicales ponen sobre el tapete y que el cine de Héctor Olivera plasma en una película poderosa basada en la novela de Osvaldo Soriano: *No habrá más penas ni olvido*. (Figura en nuestros planes dedicarle un amplio espacio.) Y, por fin, los candidatos. En tanto Alfonsín era un volcán en constante estallido, Luder era un pescado frío. Además, un político cobarde. O atenazado por un partido que no se atrevía a jugarse, a doblarles el brazo a los milicos. Los militares acababan de lanzar una ley de autoamnistía. Le preguntan a Luder qué piensa hacer con ella cuando asuma. El pescado frío se toma su tiempo y arroja sobre los inminentes votantes una serie de consideraciones legales destinadas a decir que será muy difícil derogar esa ley, porque ya ha sido dictada. Una huevada espectacular. Le hacen la misma pregunta a Alfonsín y el líder caliente de esos días, sin hesitar, furioso, con una certidumbre aplastante, dice: "Si quieren dictarla, que la dicten. Pero pierden el tiempo porque *la vamos a derogar*. La vamos a derogar. Y va a ser lo primero que hagamos no bien lleguemos al Gobierno". Tuvo dos buenos años Alfonso. No es poco en un país donde los políticos no tienen bueno ni un solo día. Hizo el Juicio a las Juntas. Después se cayó. Y se siguió cayendo. Esa es otra cuestión. Pero el del '83 estaba destinado a hacer lo que hizo: historia pura. Fue el primer político que le ganó una elección al peronismo. Se lo merecía. A esta altura de los tiempos, algunos de los cánticos de los jóvenes que lo siguieron suenan tanto o más patéticos que "el Hospital de Niños en el Sheraton Hotel". Por ejemplo: "Franja Morada/ la patria liberada". ¿La patria, qué?

Volvemos a cualquiera de esas noches de enero o febrero de 1973. Salimos de la casa de algún compañero del Consejo de Redacción. Estamos preparando el nuevo número de *Envido*. Caminamos, hablamos, por ahí entramos en una pizzería a comernos una fugazzeta y tomarnos una cerveza. Salimos. Y contra una pared hay un gran afiche pegoteado. En él se ve a un joven morocho que nos mira y sonríe, satisfecho consigo mismo y con lo que hace. Tiene la cara empapada en sudor. La camisa blanca hecha jirones. Tiene sangre en la cara. Tiene sangre en la camisa. Levanta su mano derecha y hace la V de la victoria. El afiche dice: *En lucha por la liberación.* Nos quedamos un rato mirándolo. Al pie del afiche se lee: Juventud Peronista. Y la metralleta y la tacuara cruzadas. Seguimos un rato así, en silencio, mirando al militante ensangrentado que nos mira. Horacio González, con voz triste, dice: "Tiene mucha sangre encima ese compañero. No está bien. Lucha por la liberación, bueno. Pero la lucha no es sólo la sangre. Y además". Y juro que dijo esto (lo dijiste, Horacio, y bien dicho estuvo, no importa si te acordás): "La sangre llama a la sangre". Nadie lo contradijo. Nos saludamos y cada uno se fue para su casa.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Cercanías de la plaza del 25 (II)